



Experiencias de Alfabetización

UPES
UNIVERSIDAD
PEDAGÓGICA DEL
ESTADO DE SINALOYA

U · P · E · S

© Universidad Pedagógica
del Estado de Sinaloa

Castiza s/n
Col. Cuauhtémoc
Culiacán Rosales, Sinaloa
C.P. 80027
Tel. 01(667) 7502461

www.upnculiacan.edu.mx

Permiso en trámite

Hecho en México

ÍNDICE

Presentación.....	4
Alfabetizando debajo de un árbol.....	5
Desde Chilapa a La Cruz.....	8
Le encantaba escribir cuentos.....	11
A fuerzas ni los zapatos entran y menos las letras.....	14
Mayúsculas con minúsculas en Las Coloradas.....	16
Lo imposible lo estaba haciendo posible.....	18
Tiempo para aprender.....	20
Onésima, Florentina y yo.....	22
Ya podré ser maestra de mis nietos.....	25
Tocando puertas de casa en casa.....	27
La educación nos hace libres.....	29



En Sinaloa existen 773 mil 215 personas mayores de 15 años en rezago educativo, según lo registra el censo del INEGI realizado en 2010. De este total 97 mil 946 son analfabetas, 286 mil 581 no terminaron la primaria y 291 mil 588 no concluyeron la educación secundaria. Con el fin de abatir el analfabetismo en todos los municipios de la entidad, el Gobierno del Estado de Sinaloa, instituyó el Programa Emergente de Alfabetización para Adultos de Sinaloa (PROASIN), que tiene como objetivo disminuir al 4 por ciento el índice de analfabetismo para el 2016.

De acuerdo al decreto publicado en el Periódico Oficial “El Estado de Sinaloa”, con dicho programa se busca que nuestra entidad federativa sea reconocida, conforme a los criterios definidos y sustentados por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación y la Ciencia, como “territorio libre de analfabetismo”, en un período no mayor al correspondiente al ejercicio de la actual administración.

Lo anterior implica que al término de la administración del Gobernador del Estado Lic. Mario López Valdez, en Sinaloa no existan personas que no sepan leer ni escribir.

A través de esta publicación, a partir de este primer número, daremos cuenta de las tareas de alfabetización que estudiantes de la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa están realizando en distintos lugares del estado, cumpliendo así con el compromiso social de nuestra institución.

Dr. Aniseto Cárdenas Galindo
Rector

Alfabetizando debajo de un árbol

María Aidé Juárez Rubio

Tuve la oportunidad de ser parte de un hecho muy importante: hacer mi servicio social por parte de la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa como alfabetizadora de dos personas, en el programa de PROASIN en la comunidad de Batopito en Badiraguato.

Al principio me pareció difícil dar clases a gente adulta, ya que era la primera vez que lo haría.

Conseguir a las personas para alfabetizar me resultó fácil, se anotaron cuatro, pero empecé dándoles a tres, pues un señor no pudo acompañarnos porque no tenía tiempo por su trabajo en el campo.

En ocasiones se me dificultaba reunir a los alumnos en mi casa, porque había días que no podían asistir, además les daba vergüenza ir a mi casa, ya que otras personas los miraban, pero opté por darles en su casa para más comodidad a cada uno de ellos y así no habría pretextos; los citaba un día anterior para que se prepararan.

Pasaron los días, asistía a sus casas en el horario de 3:30 a 6:30 de la tarde, todo marchaba bien hasta que un día un alumno ya no quiso continuar

con su estudio porque él estaba muy mayor y no aprendía nada, ya no lo pude convencer ni motivar para que siguiera.

Continué con las dos señoras, Rosa Irma Beltrán y María Hilda Pacheco Pacheco, ellas siempre estaban interesadas por aprender y ponían atención en las sesiones.

Cuando inicié la clase no sabía muy bien cómo empezar, un maestro de la primaria me ayudó, fui un día con él para darles clases a las alumnas, el maestro les puso un trabajo, que escribieran unas palabras, entonces él se dio cuenta que lo que Rosa Irma y María Hilda conocían era muy poco, algunas letras, pero no lograron escribir la palabra completa.

Rosa Irma no sabía escribir su nombre ni leer, sólo conocía algunas letras del abecedario. María Hilda sí escribía su nombre, pero no sabía escribir ni leer.

El contexto no fue el mejor, porque no se tenían las mejores herramientas, porque ellas no podían asistir a la escuela, entonces yo tenía que asistir a la casa de cada una de ellas.

En una casa daba la clase con la señora



sentada debajo de un árbol, porque hacía mucho calor para estar dentro de la casa; en una silla ponía el pizarrón y los materiales, y ahí trabajábamos, nos adaptábamos al contexto.

Además, la casa se encontraba a orillas de la calle y nos distraíamos porque pasaba gente caminando y se ponían a platicar o con los ruidos de los carros o de animales, pero así continuábamos con las clases. En el hogar de la otra señora era más agradable porque estaba más tranquilo.

Fue así como continué con las clases de las señoras. Comencé con las vocales y haciendo los ejercicios del cuadernillo de trabajo de alfabetización.

Les resultó un poco difícil aprenderse el abecedario; en las clases utilicé la lotería del abecedario, que me ayudó mucho en el aprendizaje de las alumnas, ya que también sirvió de diversión para las señoras y para la nieta de Rosa Irma, una niña de cinco años que se encontraba presente en las clases y jugaba junto con nosotras y aprendía.

Me divertí mucho en las clases porque

las señoras eran muy amables y todo les causaba risa; en el transcurso de la clase la dejaba descansar un rato porque una señora me decía que se cansaba y empezaba a dolerle poco la cabeza, entonces nos poníamos a platicar, a tomar un refrigerio, refresco, en ocasiones sandía o naranjas, que tocaba la casualidad que pasaban los verduleros por la calle y aprovechábamos y comprábamos para pasarla más agradable.

Cuando lograban escribir una palabra se emocionaban, cuando empezaron a escribir su nombre se pusieron muy contentas.

Esto sirvió para que a ellas se les quitara la vergüenza, porque al inicio les daba mucha pena, pero al transcurso de las clases se fue haciendo un clima agradable de aprendizaje, tanto para ellas como para mí, porque yo también iba aprendiendo a darles clases y ser tolerante con ellas.

Luego de que se aprendieron el abecedario, continué con la formación de palabras y la lectura; en la clase jugábamos, realicé las sílabas en tarjetitas y les decía la palabra que formaran; al principio las señoras batallaban, pero fueron aprendiendo mejor porque escuchaban el sonido de la sílaba y lograban reconocer las letras y entonces ya podían formar las palabras; también las escribían en su cuaderno copiándolas del pizarrón.

Cuando terminaba las clases les dejaba tarea en el cuadernillo de trabajo, para el día siguiente continuar con las clases.

Seguí con el mismo procedimiento, luego ellas sugerían la palabra que querían que formara, además las escribían, al principio le faltaban algunas letras, luego las escribían correctas; también yo las anotaba en el pizarrón para que las leyeran.

En la clase les leía cuentos, para que ellas se motivaran y les dieran más ganas de aprender a leer; cada día aprendían mejor, porque ellas ponían todo su empeño.

En ocasiones Rosa Irma le daba gracias a Dios y le pedía que lograra escribir su nombre y poder leer, ya que de niña, aunque asistió a la escuela nunca aprendió.

Transcurrieron varios meses para lograr que las personas aprendieran a escribir y leer.

Otra cosa muy importante fue cuando asistieron las personas a evaluar a las alumnas; yo les avisé con anterioridad de que asistieran a mi casa porque vendrían unos maestros para realizarles un examen y darse cuenta de los aprendizajes que obtuvieron.

Se llegó el día esperado por mí y por ellas, yo me sentí un poco nerviosa, las señoras también lo estaban, pero cuando llegaron las personas a realizar el examen, iniciaron y se fueron sintiendo en más confianza.

Los evaluadores y yo ayudábamos a facilitar la tarea, yo escribía las palabras en el pizarrón porque Rosa Irma no alcanzaba a leerlas en el examen porque estaban muy

pequeñas las letras.

Fue una experiencia muy agradable, pero fue tedioso para ellas porque nunca habían hecho examen alguno; se llevaron buen tiempo pero sí lograron contestarlo, al final se sintieron muy contentas por su logro.

Les resultó más difícil escribir y leer las palabras triláteras o sílabas trabadas, porque no las sabían pronunciar, las confundían con otras.

Pero en el transcurso de la clase fueron mejorando y lograron aprender a leer y a escribir, gracias a su esfuerzo y el apoyo del programa PROASIN y de su servidora.

Fue una experiencia muy bonita, me sentí satisfecha cuando me agradecían las personas que habían aprendido a escribir su nombre y a leer un poco. Se sentían muy contentas con el logro que obtuvieron ya que ellas al principio decían que no aprenderían, que porque estaban mayores y de niñas no habían aprendido nada, tanto que habían asistido a la escuela.



Desde Chilapa a La Cruz

Martina Isela Gómez Escalante



María Floriberta Rodríguez Nava, nació en Chilapa, Guerrero, en 1952. Es una persona muy arraigada a las costumbres de su pueblo, aunque tiene mucho tiempo viviendo aquí en Sinaloa. Llegó a la localidad de Ceuta hace ya varios años a trabajar de jornalera al lado de su esposo e hija, de donde salió por problemas de salud.

Llegó a La Cruz, Elota, Sinaloa y poco a poco se fue abriendo camino en esta comunidad. Hoy en día es una persona de 61 años que vive al lado de su esposo, pues su hija se casó, tiene dos hijos y vive aparte.

María Floriberta, es muy emprendedora y con ganas de salir adelante, es ama de casa y tiene un pequeño abarrote.

Me comentó al inicio de mi servicio que era por ese negocio que ella quería aprender a leer y a escribir, pues no quería darles molestias a sus nietos pidiéndoles que anotaran y sacaran cuentas de las ventas que realizaba.

La conocí antes de empezar mi servicio social, me pareció una señora muy lista, pues a pesar de que no sabía leer y escribir ella hacía cuentas y daba feria sin conocer bien los números.

Llegamos a su casa a entrevistarla, una compañera y su servidora, guiadas por una maestra que la conocía.

La maestra nos presentó y le dijo que nosotras seríamos las personas que la alfabetizarían. Ellas con anterioridad ya habían platicado del tema, me presenté y expliqué el por qué estábamos ahí, ella entendió muy bien, hice varias preguntas y ella también a mí, por lo que pronto se rompió el hielo entre las dos.

Al finalizar la entrevista pregunté que cuáles eran los días que podía atenderme, pues sería en su casa donde propuso que fueran las clases y me respondió que los lunes, miércoles y viernes, pues los jueves salía a la iglesia; pregunté a qué hora sería y ella contestó que a partir de las cuatro, pues a esa hora ya había atendido a su marido y tenía más tiempo para dedicarse al estudio.

Cuando iniciamos con la alfabetización ella ya conocía un poco las letras una por una, yo me apoyé en un cuaderno de actividades de ISEA, *Yo aprendí a leer*, que fotocopiamos varias compañeras de la universidad.

Pues no nos entregaban todavía el material y debíamos tener algún apoyo para iniciar, me compré también una lámina con el abecedario y sacaba trabajos de internet, para hacerle más ameno el estudio.

Por lo regular la clase la iniciábamos platicando sobre qué le había parecido la anterior sesión y para ello llevaba unos trabajos para realizar antes de la clase nueva, también tenía su libreta de

tareas, y por lo regular éstas eran sobre lo que habíamos visto en esa clase.

Al principio yo me desubiqué un poco, pues nunca había alfabetizado a nadie y, sin ningún material del cual guiarme, me sentía perdida, pero con la ayuda de mis compañeros, del internet y del material didáctico que había comprado salí adelante.

Poco a poco nos fuimos acoplando a la clase, en algunas ocasiones en que ya tenía planeado lo que veríamos nos teníamos que regresar un poco, pues a ella se le dificultaba el unir las letras para formar palabras.

Empezamos por escribir su nombre y después, en el disco que nos dieron en la capacitación venía algo de la palabra generadora y de ahí retomé algunas cosas, posteriormente de ello uníamos palabras, primero monosílabas, trisílabas, palabras trabadas, etc.



Y así con el tiempo fuimos avanzando, pues tanto ella como yo estábamos aprendiendo una de la otra.

Cuando de parte del gobierno nos enviaron el material que utilizaríamos nos dio gusto, pues yo me apoyaba en el material y ella avanzaba más, sin dejar de lado los anteriores apoyos y la ayuda del profesor Alfredo Zañudo Mariscal, quien en sus clases en la universidad nos motivaba para seguir adelante y si a alguno de nosotros alfabetizadores se nos dificultaba algo él se daba su tiempo y nos daba algún consejo para salir adelante en cuanto a lo que podríamos hacer para que los adultos aprendieran mejor.

Fue así como llegó el día de la primera evaluación, María estaba muy nerviosa y le comenté que no se preocupara, que yo estaría con ella para apoyarla, pues las personas que vendrían entendían bien la situación de los alfabetizados y, por ello, nos pedían que estuviéramos presentes cuando esta evaluación se realizara.

La verdad yo también estaba un poco nerviosa con esa evaluación, pero no se lo dí a saber para no preocuparla más.

Yo temía que al momento de unir las palabras ella no se acordara muy bien de algunas letras, porque es de otro estado y es muy diferente la forma de

expresarse, pero gracias a Dios todo salió bien.

En esta primera evaluación pude constatar algunas fallas en las cuales estábamos incurriendo, por lo que me dí tiempo entre la evaluación de UPES y la de PROASIN para enmendar esas fallas y que María estuviera menos nerviosa en esta evaluación final.

Fue una experiencia muy bonita la de mi servicio, pues pude constatar una vez más que nunca es tarde para estudiar y que sí se puede cuando se quiere.

Hoy en día, en María Floriberta tengo una amiga, así lo siento y ella en mí también, nos seguimos viendo y quiero seguir ayudándola para que siga adelante, pues en este programa sólo se enseña a leer y escribir, pero ya estamos viéndonos un día a la semana para enseñarle los números, a sacar cuentas (sumas y restas) para ayudarse en su abarrote y, si se puede porque no, a multiplicar y dividir también le enseñaré.

Después de esto, platicando con ella, me pidió que la apoyara contactando a un instructor de ISEA para que le ayude a hacer su primaria, que siga yo apoyándola, pues como dice ella “pos necesito de asté pa seguir adelante, maestra” y yo “pos ahí estaré”.

Le encantaba escribir cuentos

Ana María Ayala Ríos



Alfabetizar es una labor hermosa que al llevarla a cabo llena de orgullo tanto al alfabetizador como al alfabetizante, y es que enseñar a leer y escribir a una persona es una sensación muy bonita, la cual tuve la oportunidad de vivir y sentir, como alfabetizadora en La Cruz.

La experiencia vivida durante el proceso de alfabetización es sin duda alguna una práctica hermosa, la cual llena de satisfacción a cualquier persona y más a una que decidió como profesión educar a sus semejantes.

No fue fácil, pero sí muy satisfactorio el logro. Durante el servicio social viví diferentes experiencias con altibajos, en ocasiones pensaba “hasta aquí, ya

no puedo más”, pero el compromiso con uno mismo, la institución, pero sobre todo con las personas a las que estaba educando me daban la energía para seguir.

El lugar donde realicé mi servicio social es una colonia de las más marginadas de la comunidad, se encuentra en las orillas de la población, los habitantes son de escasos recursos y la mayoría no terminaron ni la primaria, me dio mucha tristeza y con sinceridad puedo decir que hasta las lágrimas me brotaron al mirar tres pequeñitos en edad preescolar, los cuales no asistían por “falta de recursos económicos” pero sobre todo por el nulo interés de los padres por brindarle a sus hijos un futuro mejor.



En esa familia encontré a Jenni, la que sería mi primer alumna, una muchacha de 16 años la cual ya tiene un niña, trabaja en el campo para darle de comer a su bebita, tiene ganas de salir adelante pero su padre es uno de los principales obstáculos.

Durante el censo fui casa por casa en busca de personas que quisieran por lo menos aprender a leer y escribir, conocí a doña Carmen.

Una señora alegre y platicadora que me contó cómo el no saber leer y escribir le impedía en ocasiones ayudarle a su pequeña en edad escolar con las tareas, lo cual la ponía triste, pues quiere ser ella un ejemplo para su retoño, animada aceptó asistir a las clases que impartiríamos por las tardes.

Las clases se impartían los lunes,

miércoles y viernes de 4 a 6 de la tarde. En una camioneta llevaba sillas, mesas, pizarrones y todo el material necesario para enseñarles sus primeras letras a mis alumnas.

Atravesaba el poblado y llegaba a la casa de una de las estudiantes, bajaba las cosas, las acomodaba e iba en busca de las alumnas que faltaban. La que siempre estaba puntual era Carmen, lista para comenzar su nueva travesía de estudiante.

Al término de la sesión recogía las cosas y regresaba a mi casa con más conocimientos de los que llevaba, porque el convivir con ellas me hacía apreciar cada una de las cosas que tengo, me motivaban a seguir ayudándolas y echarle ganas a este sueño, que ya no sólo era de PROASIN o de UPES, sino de mis alumnas y

sobre todo mío, era una gran meta a la cual tenía que llegar triunfante y con una gran satisfacción.

Carmen era siempre la más motivada, la que más le echaba ganas, nos hicimos grandes amigas, me contaba sus cosas y yo en lo poco que podía la ayudaba, aprendió a leer y escribir muy rápido, siempre quería que le dejara tarea, le encanta escribir historias y cuentos que ella misma inventa.

Uno de sus grandes logros fue recitar una poesía, se sentía feliz, pues expresó que ella nunca antes había podido ni siquiera leer algo de un párrafo y hoy estaba diciendo un bonito poema.

Cuando llegó la hora de la evaluación por parte de PROASIN yo me sentía nerviosa pero muy segura de mi alumna, llegó y fue la primera en terminar su pequeño examen.

Pero lo más bonito, lo hermoso de esto fue cuando la profesora Josefina Palafox le preguntó qué pensaba ella de su maestra y Carmen muy segura respondió que su maestra Ana había

sido la mejor, que estaba agradecida por el tiempo que había convivido conmigo y de todo lo que yo le había enseñado, eso fue sin lugar a duda mi culminación.

Fue cuando mi sonrisa más grande apareció, en ese preciso momento es cuando realmente pude decir: ¡Lo logré!, porque mi alumna reconocía lo que yo había hecho, ella sabía que en realidad mi apoyo había rendido frutos, todo el empeño valió la pena porque hoy ella puede decir que sabe leer y escribir, que su maestra Ana le apoyó y enseñó.

Me deja una gran enseñanza de vida, porque en el querer está el poder, y asimismo me engrandece poder decir con orgullo que soy alumna de UPES y que participé orgullosamente en el programa enseñando a leer y escribir a por lo menos una persona adulta, contribuyendo así al cambio de nuestro estado.

Apostemos al futuro, tratando de hacer siempre lo mejor.



A fuerza ni los zapatos entran y menos las letras

Julissa Aguilar Peñuelas

Al iniciar el séptimo semestre, ya estaba enterada que tenía que realizar el servicio social. Cuando me informaron que tenía que alfabetizar a adultos me dio temor porque nunca he tenido interacción con personas adultas para enseñarles algo, siempre he trabajado con niños.

Me dio temor y a la vez emoción porque sentía que se presentaba como reto que cumplir como profesionista.

Me empecé a preocupar cuando pasaba el tiempo y no me asignaban a quién alfabetizar, hasta que por mi propia cuenta y desesperación, levanté un censo en la colonia donde vivo y encontré a una pareja de personas mayores que no sabían leer ni escribir.

Me entrevisté con ellos, les platicué de qué se trataba el programa, usé la sensibilidad y los motivé a que participaran y aceptaron, porque la señora Petra a veces se sentía avergonzada de andar preguntando qué camión tomar, o al hacer las compras y elegir los productos tenía que depender de otra persona, cosa que ella no quería.

El primer mes me sentí muy entusiasmada y motivada porque miraba a doña Petra y a don Ismael





muy contentos y motivados por querer aprender a leer y escribir.

A como iba pasando el tiempo, observaba a Ismael cansado, ya no ponía de su parte y eso me frustraba, porque yo quería lograr un aprendizaje con él. Hasta que un día llegué a dar mi clase, y me dijo que ya no quería seguir con el programa, porque a su edad ya no se le pegaba nada; por mi parte lo motivé para que dijera que sí continuaba, pero él ya no quiso, incluso mencionó “¡A fuerzas ni los zapatos entran y menos las letras!”.

La única satisfacción que tuve con el señor, es que aprendió a escribir su nombre.

Continué mi trabajo con Petra -¡Yo sí quiero superarme! -dijo ella.

El trabajo con ella fue fácil, si así se le puede decir, porque era una señora que conocía algunas letras, aunque se le dificultaba un poco formar sílabas, pero con el material didáctico, ejercicios en el cuaderno, en el cuadernillo de estudio y trabajo, la señora poco a poco adquirió el aprendizaje de la lecto-escritura, hasta llegar a tener una fluidez y rapidez lectora y, por supuesto, de comprensión también.

Hoy en día me siento muy contenta por el trabajo que desempeñé con Petra, a cada rato me lo agradece, porque su vida ha cambiado; ya no depende de nadie, ya no se siente inútil y tonta para hacer diferentes actividades, cosa que a mí me llena de orgullo y satisfacción por haber desempeñado bien mi trabajo como docente.

Mayúsculas con minúsculas en Las Coloradas

Laura Elena Ruvalcaba Otamendi

Al enterarme que para cumplir con mi servicio social tenía que alfabetizar a unas personas, que las tenía que enseñar a leer y a escribir, mi actitud fue totalmente negativa, me preguntaba cómo le haría para enseñar a leer y a escribir a una persona adulta si es muy diferente que enseñar a un niño.

Comencé buscando personas de mi colonia, casa por casa, pero su respuesta era negativa; después, dos compañeras y yo nos unimos para ir a buscar personas a la colonia Las Coloradas para alfabetizar juntas.

Sí encontramos y empezamos a alfabetizarlas juntas, pero después de tres clases ya no asistieron y nos ponían infinidad de pretextos.

Nos decían que no podían ir porque sus esposos no las dejaban porque tenían que cumplir con el quehacer de sus casas, y tampoco querían que uno fuera a sus domicilios porque les daba pena y sus esposos las iban a regañar por llevar gente desconocida a su hogar.

Ponían miles de pretextos pero la única verdad era que no tenían ningún interés por aprender a leer y escribir.

Al quedarme sin alumnos le pregunté a la señora María Dolores Isabel Cárdenas Velázquez que si le gustaría aprender a leer y escribir, ya que yo sabía que ella sólo llegó hasta primero de primaria y no sabía leer ni escribir, ella en un principio me decía que ya estaba mayor para aprender, ya que tiene 76 años de edad.

Ella creía que ya no aprendería y que le daba vergüenza, pero comencé a convencerla, le dije que no se preocupara que yo le iba a tener paciencia porque para eso estaba yo, para ayudarla a que se superara.

Le dije que nunca es tarde para aprender y así ella podría valerse más por sí misma y no tendría que estar pidiéndole ayuda a los demás, como



siempre lo hace cuando se trataba de leer algún escrito o escribir algo.

María Dolores aceptó y como primera clase le hice algunas preguntas para saber qué era lo que realmente sabía, yo tenía que comenzar por saber sus conocimientos previos, me dí cuenta que las vocales sí las sabía, y el abecedario también, pero recitándolo de corridito nada más, ya detenidamente no se lo sabía.

Sabía su nombre pero solo María Cárdenas Velázquez y en letra manuscrita, sus otros dos nombres no los sabía poner.

Empecé por enseñarle bien el abecedario y a escribirlo, luego su nombre completo, fue algo complicado lograr que pusiera su nombre completo, pero ya cuando logró aprender esto nos centramos en llenar el librito que nos dieron los de PROASIN, esto fue algo que le ayudó muchísimo a María porque tuvo la oportunidad de repasar las letras.

Al momento de llegar a formar las oraciones fue algo muy complicado porque decía que no sabía qué poner y que no se le venía nada a la mente, yo le daba ejemplos y ya ella los ponía pero confundiendo mayúsculas con minúsculas y me decía que le daba vergüenza porque no sabía ortografía, le dije que no se preocupara, que eso no era lo importante en este momento, sino que ella supiera acomodar bien las letras al momento de escribir. Sentí que esto la tranquilizó más y empezó a soltarse escribiendo oraciones.



Sí fue algo complicado todo el procedimiento que tuvimos que pasar y a veces desesperante, pero nunca trataba de mostrárselo a ella para que no perdiera el interés por seguir aprendiendo.

Hay que tomar en cuenta que es una persona mayor, pero ya sabe defenderse por sí misma.

Al decirle que ya estaba lista para que otras personas evaluaran su esfuerzo se puso muy nerviosa y un poco renuente porque me decía que los nervios la iban a traicionar y que le daba vergüenza, pero platiqué con ella y le dije que no se preocupara, que no le iban a hacer un examen, sólo iban a ver qué tanto ha aprendido y que sólo le iban a preguntar lo que yo le he enseñado, que ella sólo se debe de sentir contenta de ella misma, porque otras personas van a ver el esfuerzo que ella ha hecho por aprender.

Lo imposible lo estaba haciendo posible

María Guadalupe Cázares Gallegos

Nervios, temor y angustia fue lo que sentí el día que me enteré que tenía que hacer mi servicio social enseñando a leer y escribir a personas mayores. Me ponía a pensar y se me hacía en ese momento algo imposible de hacer, no sabía cómo iba a empezar, ni cómo lo iba a hacer.

En los cursos de capacitación como alfabetizadora que nos dieron me tranquilicé un poco, mi mente cambió de opinión, sentí alegría y emoción por todas esas personas que sabía yo que querían superarse y que por muchas cuestiones no lo habían hecho.

Lo primero que hice fue plantearme mi objetivo, después organizarme bien para poder impartir esas asesorías con mis alumnos.

De tal manera que busqué varias personas que no sabían leer y escribir, encontraba muchas pero al ver que tenían poco interés por aprender me decepcionaba mucho, pero a la vez me ponía en su lugar y decía “tal vez tenían pena”, pero nunca me dí por vencida, seguí buscando hasta encontrar.

En una ocasión me encontré con tres muchachas de 15 a 23 años, me sorprendí tanto cuando les pregunté si sabían leer y escribir, la verdad

yo esperaba de ellas un “sí”, cuando menos pensé las tres respondieron “no”, convergüenza.

Les planteé mi situación pero no les interesó aprender, mencionaron que sus maridos no las dejarían asistir a las clases, les mencioné que yo podía ir a impartirles a sus casas, pero no las pude hacer cambiar de opinión.

Unas casas después me encontré con Selene, quien tiene 23 años de edad y ella aceptó tomar las clases de lectura y escritura. Ella vive en una colonia de bajos recursos y mencionó que no podía asistir a mi casa a tomar las clases, por lo que en ocasiones tenía que ir yo a su hogar.

Petronilo es otra de las personas a quienes le impartía asesoría de lectura y escritura, con él no me costó trabajo ya que él siempre había querido superarse.

El primer día de asesoría junté a mis dos alumnos, realicé un diagnóstico acerca de lo que sabían, siempre mostrándome segura de mí misma para que ellos tuvieran seguridad de que juntos lo íbamos a lograr.

Esta fue una de las sesiones más nerviosas que tuve, sin embargo al

ver cómo ellos estaban entusiasmados por aprender, todos mis nervios desaparecieron y mi empeño se fortaleció cada vez más.

Después de la primera sesión nos pusimos de acuerdo, en ocasiones no podíamos vernos los tres en el mismo lugar, pero yo siempre asistía a sus casas para retomar las clases, nos poníamos de acuerdo dependiendo a qué hora podían ellos, ya que las dos personas llevaban la responsabilidad de su hogar y no podían faltar a su trabajo ni desatender a su familia.

Al ver como ellos mejoraban cada día al pronunciar letras, palabras, enunciados y también como mejoraban la letra, me sentía más contenta, lo que me parecía imposible lo estaba haciendo posible, y lo mejor no era en cuánto tiempo lo aprendían, sino que lo hicieran.

Había días que me desesperaba que mezclaran letras con números, mayúsculas con minúsculas, y tenía que explicarles una y otra vez.

Algunos días era complicado, pues eran dos personas totalmente distintas, con diferentes dudas y me parecía enredoso aclararles al mismo tiempo.

El tiempo se fue demasiado rápido, y ellos cada vez querían aprender más; sus nervios eran la ortografía, pero siempre mencioné que después aclararíamos eso, lo importante era aprender a leer y escribir, después tendríamos tiempo para lo demás.

Hoy al terminar mi servicio social, me siento satisfecha al saber que lo pude lograr después de tantos sacrificios y empeño, superado cada obstáculo que se presentaba en el camino.

Siento temor en este momento de no saber qué pasará el día de la evaluación, me siento preparada pero no sé si ellos lo estén, siento que los nervios los pueden traicionar y confundirse en ocasiones. Espero que todo salga bien, me siento contenta y satisfecha de saber que con empeño todo se puede lograr.



Tiempo para aprender

María Hilda Corrales Echeverría



Durante mi servicio social realizado en La Cruz de Elota tuve muchas buenas experiencias, especialmente el haberme incluido en el programa de alfabetización, ya que se trata de combatir el analfabetismo en Sinaloa, que no haya personas sin saber leer ni escribir.

En esa ocasión me dí a la labor de buscar a personas que no sabían leer ni escribir, por medio de un censo que conseguí en el departamento de educación para adultos, siempre y cuando fueran personas que querían

superarse, emprendedoras y sobre todo que se dieran un tiempo para poder realizar esta tarea juntas, y eso fue lo mejor.

Ya que tuve la oportunidad de compartir el tiempo para aprender mutuamente, para que tanto yo les enseñara como ellas a mí, fue algo que jamás olvidaré, el empeño que ellas le ponían a cada actividad que realizamos con un sólo propósito que era aprender a escribir y leer para no sentirse mal ante la sociedad, al colocar una firma, al leerles un cuento

a sus nietos o simplemente hacer una lista de ingredientes para realizar una comida.

Es una satisfacción que no se puede describir, al estar día a día con esas personas enseñándoles cosas nuevas y desconocidas, la atención y el cariño que brindan, pero sobre todo el ambiente que se crea al momento de aprender todos juntos, y cuando te agradecen por tal labor uno se da cuenta de que ha valido la pena.

Con esta gran experiencia me dí cuenta que mi profesión es una de las más hermosas que existen, que me gusta tanto como no imaginaba, ya que se trata de transmitir y construir conocimientos para que puedan imaginarse en un futuro como profesionales.

Estas personas adultas me enseñaron que existen diferentes estilos de aprender, a ser más paciente y sobre todo responsable, a buscar alternativas ante cualquier situación, en sí, a ser más humana; cada señora mostró su dedicación, con un propósito en mente lograron su objetivo: enseñarse a leer y escribir.

Siempre comentaron ellas que no saber leer ni escribir era un gran barrera en su vida, pero que ahora que fueran a poner su firma ya no pondrían su huella, sino su nombre completo escrito, y asimismo, leerían todos aquellos documentos que les dan o les hacen firmar.

Ellas querían mejorar su situación laboral, ya sea que ello significaba ser más competentes en lo que hacían, ser mejores esposas, madres y miembros de la familia, ayudarles a sus nietos a hacer la tarea, a escribir cartas, a un fin de cosas.

Mi servicio social en PROASIN me dejó grandes aprendizajes y darne cuenta que las personas mostraron valentía y decisión, ya que a pesar de todo su negocio, siempre nos apoyaron en todo lo que se pudo asistiendo y, más que nada, aprendiendo de uno.

Alfabetizar fue una hermosa tarea y aprendí que se hacen grandes cosas con mucho esfuerzo y dedicación, me lleno de orgullo decir que participé en ello.

Onésima, Florentina y yo

Maribel Sánchez Vega



Participar como alfabetizadora en el PROASIN me dejó muchas experiencias bonitas pero sobre todo muchas satisfacciones; me pareció una labor muy noble para desempeñar, ya que en lo personal me llenó de orgullo enseñar a leer y escribir a personas mayores que por algún motivo no lo hicieron a su tiempo.

Cabe mencionar que desde que se nos invitó a formar parte de esta bonita causa me interesó mucho, pues mi abuela materna era una de esas personas que no sabía leer ni escribir, y eso fue un aliciente que me impulsó a llevar a cabo esta tarea.

Sinceramente no fue fácil convencer a las personas para que se animaran a dar este paso, pues ponían muchos pretextos, unos decían que ya no iban a aprender por su edad, otros que no tenían tiempo, hubo también otros que de inmediato mostraron la mejor disposición para aprender.

Fue así como logré convencer a cinco personas, pero después solamente me quedé con dos, la señora Onésima y Florentina, mi abuela.

Primeramente realicé un diagnóstico a ambas para darme cuenta de los conocimientos que tenían cada quien, y de ahí partir con el proceso. Onésima afortunadamente sabía el alfabeto, eso nos ayudó mucho en el proceso; por otro lado, mi abuela conocía muy pocas letras.

Impartía las clases en mi casa tres veces por semana, al principio venían juntas las dos personas, después tomé la decisión de que cada quien vendría

por su cuenta para atenderlas mejor y de manera personal, ya que cuando estaban las dos se distraían con facilidad.

Poco a poco fueron dando resultados las estrategias que implementé con cada una de las personas, al principio se desesperaban porque querían aprender rápido, también hubo momentos que se desilusionaban porque los resultados eran lentos.

Fue una grata sorpresa cuando Onésima empezó a escribir y leer sus primeros enunciados, ella como lo mencioné, sabía el abecedario y eso le ayudó mucho al momento de formar palabras.

Cabe mencionar que en todas las actividades que realicé utilicé las imágenes como principal recurso, pues ello les ayudaba al momento de escribir enunciados.

El proceso con Florentina fue más lento, pues ella tenía menos conocimientos sobre el abecedario, pero su avance fue notable y sobresaliente conforme pasaban los días.

Cuando llegó el momento de que PROASIN viniera a evaluarlas fue algo muy bonito, pues era el momento de mostrar los frutos del trabajo y esfuerzo realizado por ellas y por mí. Era el momento de satisfacciones personales para las tres.

Ese día de la evaluación del PROASIN fue un momento muy emotivo porque el profesor Santiago Zúñiga se portó muy bien con nosotras, tuvo mucha

paciencia y hubo mucha interacción y entendimiento con mis alumnas.

Este servicio social me dejó muchas satisfacciones, por un lado el placer de enseñar a leer y escribir a personas que habían dado por vencido ese sueño, y por otro, la satisfacción de lograr que una persona tan importante en mi vida cumpliera el sueño de su vida por medio de mí, fue algo que me llena de orgullo y poder decir que mi abuela ya no es una analfabeta.

De esta experiencia me llevo muchas satisfacciones, pero la más significativa es la de haber puesto mi granito de arena para lograr que estas personas

tengan una vida diferente, de tener la seguridad de ir a un lugar y leer por cuenta propia los letreros que hay en las calles, de saber qué dice una receta médica, o simplemente hacer la lista del supermercado.

Me llena de orgullo pertenecer a una generación que realizó su servicio social contribuyendo con una noble causa y que poco a poco se podrá nombrar a Sinaloa libre de analfabetismo.

Exhorto a todas las personas a sumarse a esta campaña para que juntos con el poder de las letras iluminemos Sinaloa.

Ya podré ser maestra de mis nietos

María Enedina Monge Gaxiola



La señora Felicitas Monje Araujo es de edad ya avanzada, cursó cuando niña dos meses del primer grado, estuvo sólo ese tiempo porque su papá la obligó a salirse debido a que quería que ayudara en las labores del hogar. Por tal motivo no aprendió en su momento a leer y a escribir.

Al acudir con Felicitas para hacerle

conocer sobre el programa, comentó que a ella sí le motivaba mucho aprender, pero que nunca había querido participar en algún programa porque sentía temor de que por su edad no pudiera aprender y sólo quedara en vergüenza.

De tal manera que conmigo aceptó gustosamente, debido a que somos

familiares, me dijo que se sentía en confianza y no le iba a dar pena si se le dificultaba el aprender a leer y a escribir.

Desde el inicio a Felicitas se le notó el entusiasmo ya que ella comentó que sí tenía muchas ganas de aprender, porque recuerda lo poquito que aprendió en los dos meses que cursó en primer grado pero que muchas cosas se le olvidaron.

Otro aspecto a notar es que Felicitas lo que sabía escribir lo hacía en letra cursiva, por lo cual fue la misma dificultad que se presentó para ella lograr escribir en el otro tipo de letra.

Felicitas siempre fue constante en sus clases y se notaba su entusiasmo porque aun cuando se le dificultaba escribir sin letra cursiva, persistía hasta lograr hacerlo, aun así en su tipo de letra actual quedan rasgos de la letra cursiva, puesto que lo tenía muy arraigado, ya que lo que sabía escribir en tantos años lo hacía con la letra cursiva.

En su proceso de lectura de igual forma tenía algunas dificultades con las palabras trabadas, pero logró apropiarse de ellas logrando leerlas y asimilarlas satisfactoriamente.

Por eso cuando logró aprender a leer se emocionó mucho, tanto que en broma comentaba ya puedo ser maestra o ayudarle a mis nietos.

Felicitas comentó que le gustaron mucho las clases porque las hacía divertidas, ya que usábamos diferentes materiales, recortábamos, se usaban imágenes en el pizarrón, lo cual la motivó aun más.

Aun cuando existieron dificultades para la señora, siempre fue constante, y aun cuando no eran días de clases y la miraba, me preguntaba cosas sobre los ejercicios.

De esta manera fue el proceso por el que fue pasando Felicitas para aprender a leer y a escribir. Así fue como se fue sintiendo a lo largo de este curso.

Tocando puertas de casa en casa

Olivia Millán Lugo

Durante el séptimo semestre de la licenciatura en educación primaria se nos informó que realizaríamos nuestro servicio social mediante un programa que el gobernador estaba promoviendo en beneficio del estado de Sinaloa. PROASIN se propone alfabetizar a todas las personas adultas que vivan en la entidad y deseen aprender a leer y escribir.

No sólo fue un gran reto para las personas encargadas de dicho programa, sino también para la UPES y para mí misma como alumna y maestra, ya que el programa no nos dio los materiales necesarios para emprender las tareas en tiempo y forma.

Considerando lo anterior fue muy importante buscar y encontrar a las personas que realmente les interesara aprender.

Fue así que inicié tocando puertas de casa en casa cerca de mi domicilio en La Cruz de Elota, lo cual fue un fracaso porque de las personas que encontraba no tenían tiempo o simplemente no les interesaba aprender. Al principio me sentí muy

desanimada porque consideraba que sería más cómodo para todos encontrar personas cerca de mi casa y así poder adecuar mi tiempo tanto para ellas como para mis estudios, las prácticas, el trabajo y mi familia.

Al no encontrar personas cerca de mi casa consideré importante darles a conocer el programa de alfabetización a los padres de familia del campo agrícola Bellavista, en el cual trabajo como educadora.

Les pedí de favor a los padres que no sabían leer y escribir, que considerarían la propuesta porque es de suma importancia para poder saber lo que nuestros hijos escriben o simple y sencillamente para que ellos mismos miraran lo que les recete el doctor o cuántas semanas les pagaron o porqué



les descuentan algo en su pagos, etcétera.

Inicié dicho programa con tres alumnos, los cuales pusieron mucho interés por aprender.

Para mí no fue fácil enseñarles porque el aprendizaje de los adultos es más lento que el de los niños, pero consideré importante retomar de mi experiencia como educadora algunas situaciones didácticas que he trabajado con los niños, que dieron resultados muy positivos e interesantes, ya que sus propios hijos los apoyaban en algunas tareas que se les pedían y, ante el hecho de que el material que se les entregó no se dio en tiempo y forma, uno como docente tiene que prepararse y buscar materiales que ayuden al aprendizaje colectivo, interactivo, individual e implícito del alumno.

La ambientación del aula no se dificultó porque el lugar donde se alfabetizaba era en el aula del preescolar, la cual tenía el abecedario, las vocales, números, sílabas, etc.

Para mí esta experiencia fue de gran reto, porque a la mitad de haber iniciado la alfabetización se me fueron dos de los alumnos.

Quedándome así con una sola señora, doña Catalina, procedente de Guerrero, la cual logró un gran avance ya que esta señora no conocía ninguna letra; cuando inició a pronunciar las vocales se emocionaba tanto que en ocasiones lloraba de emoción, así fue

aprendiendo con mayor interés al darse cuenta que no importa la edad y que ella podía seguir aprendiendo.

La realización de dicho proyecto no fue fácil porque en ocasiones me trasladaba al campamento y la señora no podía asistir a las clases, cambiaba los días pero esto no impidió para que ella iniciara a deletrear cada día que aprendía una palabra; me decía que le leyera un cuento o un historia, yo le comentaba que leer era como meterse a los libros y hacer ella misma todo lo que ellos decían, entonces le pedía que ella leyera a como pudiera hacerlo, al inicio se desesperaba pero no decía no puedo; cuando fueron los de la UPES ella se sentía muy nerviosa porque decía que no podría, cuando el profesor Alfredo Zañudo inició con la evaluación se cohibía un poco, creo que fueron los nervios, pero a como fue avanzando eso le dio confianza para realizarlo con mayor claridad; fueron de gran ayuda los materiales didácticos en los cuales nos apoyamos para el aprendizaje de la lectura y la escritura.

Considero que es de suma importancia seguir apoyando este proyecto ya que aún existen personas que necesitan ayuda en este ámbito, para que así en cada uno de los municipios de Sinaloa todos sean alfabetizados.

Poder enseñar a un adulto analfabeta es una gran experiencia, ya que se intercambian enseñanzas de diferentes experiencias del ayer y del hoy.

La educación nos hace libres

Ramón Aguilar Trujillo

Día tras día surgen programas de ayuda a la población de nuestra sociedad, como los son Oportunidades, Setenta y más, Programas de jóvenes embarazadas, éstos son algunos de los más mencionados en nuestro país, y si ustedes observan y se preguntan dónde está la educación, sí está en los programas nacionales, pero como que se le da menos promoción o pareciera que tiene menos interés y se ha venido quedando a un lado, ese es el tema del cual quiero compartirles en este breve escrito.

Soy egresado de la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa; en esta reseña que vamos a poder leer y a su vez conocer una parte de lo sucedido durante cinco meses trabajando con un grupo de señoras entre los 37 a los 76 años de edad, con diferencias y conocimientos distintos pero con muchas ganas de salir adelante.

Hablar de servicio social es colaborar con una parte de tu tiempo y espacio, es donde afinas y aprendes cosas importantes. PROASIN nos ha dado la oportunidad de prestar el servicio



como alfabetizadores en nuestra comunidad.

Es por eso que nos dimos a la tarea de hacer un censo educativo para valorar e identificar a los adultos que no tienen ningún grado de educación.

Me llevó casi dos semanas invitando, platicando, metiéndome un poco en la vida de los encuestados, preguntándoles que si no le gustaría escribir su nombre completo, identificar letras, palabras o por qué no, leer un enunciado.

El diagnóstico que se les aplicó fue fundamental para partir de allí y disponer las herramientas más adecuadas para obtener el objetivo que se buscaba.

La experiencia que me dejó es muy satisfactoria, ya que tenía un reto y un objetivo con mis alumnas, realmente fueron días de asesorías que al tiempo se fueron dando los resultados que todos queríamos.

Ver y escuchar a cada una de ellas realmente me sorprendió, ver la emoción de conocer una letra, escribir, leer, y lo fundamental, el poder compartir experiencia con algunas compañeras.

Para mí fue un placer compartir poco de lo mucho de lo sucedido en este proceso tan valioso, fructífero, que nos ayuda a formarnos más en el servicio de la docencia, y que sea para bien de todos.

La tarea de alfabetizar ha implicado involucrarnos a conocer e interpretar



diferentes elementos del contexto en el que se desenvuelve cada uno de los educandos.

Es por eso que la evaluación que se tuvo fue un éxito para todos, nos deja una satisfacción de decir: yo aprendí a escribir mi nombre, yo sé cómo dice en ese cartelón; en esta altura y estos años el joven adulto que aprende es por necesidad, es porque quiere experimentar, conocer y caminar. En una sola palabra la educación nos hace libres.

Lic. Mario López Valdez
GOBERNADOR DEL ESTADO DE SINALOA

Dr. Francisco Cuauhtémoc Frías Castro
SECRETARIO DE EDUCACIÓN PÚBLICA Y CULTURA

Dr. Gómer Monárrez González
SUBSECRETARIO DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR Y SUPERIOR

Dr. Aniseto Cárdenas Galindo
RECTOR

Dr. Rosario Ruiz López
SECRETARIO GENERAL

Lic. Óscar Guadalupe Manjarrez Rivera
ENCARGADO UNIDAD CULIACÁN

Dr. Fortunato Ruiz Martínez
DIRECTOR UNIDAD LOS MOCHIS

Dra. Ana María Miranda Martínez
DIRECTORA UNIDAD MAZATLÁN



"Educación, fuente de esperanza y transformación"